Santa Rosa y Rivas contra la invasión filibustera; y de los que han derramado su preciosa sangre en las playas de Puntarenas contra una invasión no menos peligrosa y criminal.

¡¡¡Entre estos nombres, el de Don Juan Rafael Mora faltará!!!

San José, 4 de octubre de 1860.

FERNANDO ESTREBER

(*Continuará*)

La invasión de Morazán

A causa de la derrota que a mediados de marzo de 1840 le infligió Rafael Carrera en Guatemala y de la hostilididad de los Gobiernos de Honduras y Nicaragua, el general don Francisco Morazán, Jefe del Estado del Salvador, resolvió emigrar con su familia. Es posible que abrigase la esperanza de encontrar asilo en Costa Rica, a juzgar por la circunstancia de que su mujer doña María Josefa Lastiri llegara en el mismo mes de marzo al puerto de Caldera en la barca francesa *Mélanie* y pidiese permiso para residir en el Estado. Carrillo se lo concedió a condición de que se domiciliase en Esparza. No convino en esto doña María Josefa y fué a establecerse en la ciudad entonces neogranadina y hoy panameña de David.

Morazán, quien se había embarcado el 8 de abril en La Libertad con algunos de sus más fieles partidarios en la goleta nacional *Izalco,* arribó a su vez a Caldera el 22, dirigiendo desde allí una solicitud para que se permitiese desembarcar a treinta de sus treinta y seis acompañantes. Carrillo accedió a que lo hiciesen veintitrés, entre los cuales estaban el Dr. don Pedro Molina, el general don Carlos Salazar, el presbítero Dr. don Isidro Menéndez, los generales don Enrique Rivas y don Indalecio Cordero, don Felipe Molina, don Manuel Irungaray, los tenientes coroneles don Gerardo Barrios y don José María Prado y el capitán don José María Cañas.

Reunido con su mujer y sus hijos en David, Morazán estuvo residiendo en esta ciudad durante el resto del año 1840 y parte del siguiente, acompañado de los generales don Trinidad Cabañas y don José Miguel Saravia. Allí le llegaron las cartas en que enemigos de Carrillo lo llamaban para que viniese a derrocar a este gobernante, asegurándole que tendría el apoyo de todo el país. Morazán aceptó estas proposiciones, como se infiere de la nota dirigida el 11 de julio de 1840 por el Gobierno de Costa Rica al de la Nueva Granada, en la cual le manifiesta que el general Morazán, emigrado del Salvador y residente en la provincia de Veraguas, intentaba levantar una fuerza para hostilizar a Costa Rica y le pide que lo concentre, si no le parecía justa la demanda de su expulsión del territorio neogranadino.

Se ignora si el Gobierno de Bogotá hizo algo en el asunto. Como quiera que fuese Morazán tuvo que desistir de su intento por falta de recursos pecuniarios. A fin de conseguirlos y siguiendo el consejo de amigos costarricenses, resolvió en 1841 ir al Perú para pedir auxilio al general don Pedro

Bermúdez, cuñado de los hermanos Escalante, enemigos de Carrillo. Bermúdez, hombre adinerado y personaje político, a quien Morazán había conocido en Costa Rica el año 1835, lo recibió muy bien y le hizo un préstamo de 18.000 pesos, en lo cual intervino uno de los Escalantes, don Alejandro, quien se encontraba en Lima, o acompañó quizás al ex-Presidente de Centro América en su viaje al Perú.

Adquiridos los elementos de guerra y fletado el bergantín *Cruzador*, Morazán salió del Callao a fines de diciembre de 1841 con los generales Cabañas y Saravia, los coroneles Máximo Orellana y Alejandro Escalante, el capitán Joaquín R. Gómez y los tenientes Miguel Molina y Ceferino Escalante. Hizo escala en Guayaquil, dirigiéndose después a Chiriquí para ver de paso a su familia. En este lugar se le agregaron algunos oficiales y soldados, la mayor parte neogranadinos, y en los primeros días de febrero de 1842 siguió con rumbo al Estado del Salvador, llegando a mediados del mismo mes. Desembarcó en el puerto de La Unión, donde pudo contratar el bergantín *Cosmopolita* y las goletas *Josefa* y *Asunción Granadina*, además de la *Isabel II* que le fué facilitada por su propietario, general don Isidoro Saget. Estuvo también en la ciudad de San Miguel, en el puerto de Acajutla y otros lugares de la costa en que recogió unos cien jefes y oficiales y 400 soldados salvadoreños y hondureños, logrando hacer todo esto gracias a la extraña inacción del Gobierno del general Malespín, y por último se hizo a la vela con rumbo a Costa Rica en la isla de Martín Pérez.

Carrillo supo que Morazán había regresado del Perú, pocos días después de la llegada de este general a Chiriquí. El 10 de febrero publicó un manifiesto en que daba la noticia de que el 8 se había detenido frente a Tárcoles un barco del que desembarcaron en una lancha cuatro marineros con el pretexto de hacer aguada y preguntando cómo se llamaba el puerto y si el camino que de él salía iba a La Garita o directamente a San José; que si esta ciudad estaba en revolución, porque se decía que Morazán ya se encontraba en ella. Es casi seguro que el referido barco era el *Cruzador* y que al enviar aquellos marineros a tierra lo que se tuvo en mira fué llamar la atención de Carrillo hacia Tárcoles para que situase fuerzas en ese punto y no en Caldera, donde Morazán se proponía desembarcar, como en efecto lo hizo dos meses más tarde; pero Carrillo no movió un soldado, convencido como estaba de que era imposible un ataque de Morazán a Costa Rica mientras éste no se apoderase de alguno de los otros Estados de Centro América, donde pudiera hacerse de los elementos necesarios para la empresa. Tan seguro se sentía que ni siquiera tomó elementales medidas de precaución, como era, entre otras, la de remover a los comandantes de los puertos y de la frontera con Nicaragua, todos ellos forasteros y morazanistas fervientes. De suerte que al no hacerlo dejó abiertas para Morazán las puertas del Estado. Hubo indudablemente falta de previsión de parte de Carrillo, si bien se debe reconocer que la circunstancia de haber conseguido Morazán reunir y embarcar una fuerza considerable en las barbas del Gobierno hostil del Salvador, era en realidad muy difícil de prever.

Una sorpresa completa fué por lo tanto para Carrillo la noticia del arribo de Morazán a Caldera el 7 de abril de 1842 con cinco barcos y 500 hombres. Este puerto, abandonado por insalubre, estaba casi desierto. Las autoridades, la aduana y la guarnición habían sido trasladadas al de Puntarenas. Carrillo recibió la mala noticia en San José a las diez de la noche del 8, tomando inmediatamente las providencias que le parecieron oportunas para rechazar el ataque. Ordenó la movilización general del ejército y la salida a marcha forzada de 300 hombres de Alajuela para guarnecer la aduana de La Garita, en el camino real a la costa del Pacífico, y la de otros 400 de San José destinados a cubrir las llamadas veredas de Poás, por si Morazán tomaba esta ruta para evitar el paso por La Garita, fortaleza que se consideraba inexpugnable. Trazó un plan de defensa y entregó el poder ejecutivo al vice-Jefe del Estado, a fin de asumir el mando en jefe del ejército, poniendo la tropa de San José a las órdenes del coronel Vicente Villaseñor, a quien ascendió a general de brigada. Sobre esta última medida se le hicieron observaciones, que no fueron atendidas, porque Carrillo tenía una confianza ciega en este militar salvadoreño a quien había colmado de favores, entre otros el de prestarle amigablemente 800 pesos que aun le estaba debiendo.

Hasta el 9 de abril no desembarcó Morazán, esperando sin duda tener la seguridad de que no había ninguna fuerza cercana que pudiera atacarlo en el curso de esta operación. En seguida emprendió la marcha hacia el interior del país, pernoctando en Jesús María. En la misma fecha se pronunciaron en su favor el comandante de Puntarenas general Enrique Rivas, salvadoreño, y el de Guanacaste teniente coronel Manuel Angel Molina, guatemalteco, el cual puso sobre las armas 500 hombres con los que marchó hasta Las Cañas.

No se sabe si Villaseñor había entrado de antemano en la conspiración contra Carrillo; pero es lo más probable que así fuese, porque su conducta, desde que salió de San José, resulta muy sospechosa. Desobedeciendo las instrucciones que se le dieron, no cubrió a tiempo las veredas de Poás, dándole a Carrillo un informe falso al respecto; y después de haberse desviado por ellas Morazán en la región de Atenas, en vez de seguirlo para hacerle un ataque a retaguardia, como se le había ordenado, contramarchó por el camino real hasta La Garita, de cuya guarnición tomó 250 hombres y se fué para Alajuela.

Carrillo escribió el 10 de abril una carta a Morazán proponiéndole una entrevista para procurar el bien de Costa Rica. En ella le decía: "tal vez sus oponiones y las mías serán idénticas; pero esto solamente puede saberse abocándonos". No contestó Morazán a esta carta, que le fué entregada por el sargento mayor José Manuel Quirós el mismo día en la Boca del Monte del Aguacate.

El 11 salió Villaseñor de Alajuela con 700 hombres en dirección de Poás y a las diez y media de la mañana, en el paraje de El Jocote, encontró al ejército invasor que había vadeado el Río Grande en Santa Eulalia. Un ayudante de Morazán se adelantó para proponerle que se entrevistara con este

general antes de romper las hostilidades. Villaseñor, que a no dudarlo, esperaba esta proposición, se apresuró a aceptarla y, después de hablar un rato a solas con Morazán, celebró con él un pacto para deponer a Carrillo, debiendo asumir provisionalmente el Gobierno del Estado el general Morazán y en su defecto el brigadier Villaseñor. Este pacto lo firmaron también los jefes y oficiales de las respectivas fuerzas, excepto el caballero costarricense don Rafael Barroeta, quien rompiendo su espada exclamó: "¡Hemos venido aquí a pelear y no a tratar!". Estas palabras merecen ser grabadas en bronce como un ejemplo de honor militar.

Entretanto Carrillo había salido de San José con una fuerza para enfrentarse personalmente a Morazán; pero en el camino de Alajuela supo lo acontecido en El Jocote y, lleno de amargura por la felonía de su ingrato protegido, contramarchó para organizar la defensa de la capital. Por su parte Morazán y Villaseñor entraron en Alajuela aclamados y temprano del 12 en Heredia, donde comisionaron al general Saravia para que fuese a someter a Carrillo el pacto en San José. Mil hombres había en esta plaza dispuestos a morir por don Braulio, quien con igual número había vencido en 1835 a los 4.000 de La Liga; pero en ese año todos los josefinos militaban bajo su bandera, en tanto que ahora veía con profunda dolor que los 400 seducidos por Villaseñor marchaban contra él con los invasores forasteros. Y ante la perspectiva de empeñar una lucha "que rompiendo los vínculos de la sangre y de la amistad dejara por resultado, cualquiera que hubiese vencido, la discordia entre padres e hijos y hermanos, es decir, entronizaba la anarquía", como lo consigna en su manifiesto de Puntarenas, y para salvar al pueblo josefino, su fiel amigo, "de ensangretarse a sí mismo", Carrillo resolvió patrióticamente sacrificarse aprobando el pacto de El Jocote que lo extrañaba de la patria, con algunas adiciones que Saravia aceptó y fueron ratificadas por Morazán y Villaseñor en Heredia. En seguida se fué a la plaza de armas, donde estaba formado el ejército, y lo arengó para explicarle los motivos de su conducta. En esta arenga puso a Villaseñor el *inri* de traidor, que cinco meses después debía costarle la vida en esa misma plaza.

Morazán hizo su entrada triunfal en San José el 13 de abril, aclamado como libertador por las gentes de Cartago, Heredia y Alajuela que habían acudido gozosas para celebrar la caída de Carillo y la humillación de la ciudad que odiaban. A su vez el pueblo josefino, silencioso y profundamente dolorido, se prometía venganza. Desde ese instante se creó una situación política tan peligrosa que sólo pudo resolverse con sangre. Carrillo y Morazán tuvieron una entrevista, después de la cual partió don Braulio para el destierro, que según lo pactado debía durar dos años; pero estaba de Dios que no volviese nunca a respirar el aire de su adorada patria, a la que sirvió con tanta abnegación.

R. Fernández Guardia